

**L**O que digo á ustedes comprueba que si es cierto que ningún crimen queda sin castigo, no todos llegan á conocimiento de la justicia humana, sentó Mr. Cremieux con voz sombría.

—Pero lo que usted cuenta es tan singular que se hace difícil creerlo, objetó la Condesa de Lucy con un estremecimiento nervioso.... ¡y consentir en eso! y no sorprenderlo nadie!....

—Señora, todo depende de las circunstancias y del interés de los individuos.

—Vamos, Mr. Cremieux, cuéntenos usted ese acontecimiento con todos sus pormenores, exclamaron algunos de los tertulianos de la Condesa, rodando sus asientos hacia Mr. Cremieux.

—No hay dificultad, porque el protagonista ha muerto ya, aún no hace seis meses.

—¡Seis meses! exclamó la Condesa pensativa, como tratando de adivinar el nombre del individuo.

—Seis meses, señora Condesa, como que era mi compañero y amigo el célebre escultor Marliani.

—¡Marliani! ¿aquél terrible corso que parecía haber tomado por modelo á Miguel Angel?

—Sólo que nunca hizo versos; ahí verán ustedes.

—Cuenta usted, cuente usted, Mr. Cremieux.

—Es muy sencillo, señores; y la historia de Marliani viene á dar testimonio de que una voluntad enérgica, una pasión avasalladora, como la venganza, pueden reemplazar perfectamente la vocación artística.

Luis Lefranc era el verdadero nombre de Marliani, quien, por circunstancias que ustedes comprenderán al fin, cambió el apellido paterno por el materno, que ha hecho tan glorioso.

Por el año de 1850, Luis Lefranc era un simple pintor, discípulo de Eufemio Fomentin. Distinguíase únicamente por la perfección del dibujo, y estaba aún dominado por la afección oriental del maestro.

No había por qué creer que llegase á alcanzar la inmortalidad, al menos en el arte á que se había dedicado; pero sus cuadros, que no carecían de mérito, le daban renta bastante para vivir modestamente.

Por este tiempo Luis Lefranc se enamoró perdidamente de Berta de Vieuville.

—De Berta de Vieuville! exclamó involuntariamente la Condesa, de la Baronesa de Monet!

—Suplico á usted, señora Condesa, y suplico á todos que no me interrumpan á fin de no extraviarme en el relato. Decía, pues...

—Decía usted que Luis Lefranc se había enamorado perdidamente de Berta de Vieuville.

—Berta era hermosísima; sus grandes ojos negros y aterciopelados, su cabellera rubia, su blancura marmórea ligeramente sonrosada y la esbeltez y la gracia que la realzaban, volvían loco al pobre Luis Lefranc. Berta no pudo resistir á aquella pasión de artista, y se casaron; pero Berta arrastraba tras sí los corazones, y á poco de estar casada encendió el de Pedro Monet, aquel diputado bonapartista que había llegado á ser Barón y millonario, en premio de no se sabe qué servicios, ó por el favor de Mr. Dupin.

Luis Lefranc no dejaba de comprender la honda impresión que la hermosura y la gracia de su mujer habían hecho en el corazón de Pedro Monet; pero ni Berta parecía prestar atención ninguna á Monet, ni éste le había dado motivo para ningún procedimiento, como que Monet conocía la extraordinaria habilidad de Lefranc en el manejo de las armas, y le temía.

Monet, cada vez más enamorado, por efecto de los mismos obstáculos, esperaba, sin duda, ocasión oportuna para alcanzar sus deseos.

Cuando el golpe de Estado de Luis Bonaparte, en medio de tan honda conmoción y del asesinato en masa de grupos del pueblo, Luis Lefranc fué preso en su taller, acusado de promover la resistencia, y enviado á Cayena en cuerda de criminales.

Luis Lefranc, inocente del crimen que se le imputaba, comprendió al momento cuál era la mano que le hería, y desde que llegó á Cayena se dió á imaginar el medio de vengarse con seguridad y sin ruido, porque él creía que aquella situación no podría durar mucho y pronto se vería en libertad.

El infeliz se engañaba: su martirio duró largos años, hasta que, caído Napoleón, reclamó su libertad de la Comuna.

Durante aquellos largos años trató en vano de hacer llegar sus cartas á Berta, hasta que ocasionalmente supo que él pasaba por muerto en las barricadas provocadas por el golpe de estado, y que Berta había casado con Pedro Monet.

Desde aquel día, después de una meditación profunda, Lefranc se aplicó incesantemente al estudio de la escultura, con una pasión que rayaba en delirio.

Una vez libre, pasó á Italia, donde tomó el nombre de Luis Marliani, luego á Alemania, y por último se trasladó á Francia.

Cuando llegó á París, su fama de escultor era europea. Realista cuanto es posible en la escultura, dejó atrás á Courbet y á sus discípulos, y rivalizó con Dubois Pigalle en la manera de aliar la poesía con la realidad.

Adorador del arte antiguo, sobresalía en el perfil griego y presentaba los contornos con rasgos sencillos que llevaban el sello de

la grandiosidad. Se había dedicado especialmente á los bustos, que embellecía con el estudio concienzudo de la plástica, al extremo de dar vida á los ojos cincelando el arco de las cejas y los pómulos y las mejillas con magistral finura. Ustedes lo saben tanto como yo, Marliani es una de las glorias del arte.

Cuando Berta leyó su nombre en los periódicos, conmovióse y palideció intensamente.

Hacia tiempo que sospechaba que Luis Lefranc no había muerto.

De sus tres hijos, el mayor, Pedro, que estudiaba pintura, en Roma, había aparecido muerto de una estocada en una calle, con un papel que decía: "Número uno,

muerto en duelo;" el segundo, Luis, que viajaba por Alemania, había sido encontrado cadáver en un bosque de Hamburgo, con una herida de bala en el pecho, y un papel que decía: "Número dos, muerto en duelo."

El nombre y el apellido del escultor y aquellas dos terribles venganzas, junto con la habilidad de Lefranc en el manejo de las armas, dieron á Berta el convencimiento de que su primer marido vivía; y se sintió como enloquecida, temblando por la vida de su tercer hijo, que estaba próximo á llegar de la India.

Guardóse naturalmente de comunicar sus sospechas al Barón Monet, y resolvió ir de incógnito á implorar la piedad de Marliani, para lo cual averiguó la hora más propia.

Pálida y cerrada de negro, marchita ya su hermosura, y quebrantada la faz por el insomnio y el dolor, Berta se dirigió al taller de Marliani, y llamó resueltamente.

Marliani abrió. El desarrollo natural de la edad, las grandes arrugas que el dolor había impreso en su faz, y la larga barba entrecana que bajaba hasta cubrirle el pecho, le habían desfigurado de tal modo, que Berta retrocedió en el primer momento, creyendo haberse equivocado.

Marliani la reconoció al punto y palideció profundamente.

—Podéis entrar, señora Baronesa, dijo con voz trémula y llena de ironía.

Berta no dudó ya, y entró y cayó de rodillas.

—Perdón, murmuró, yo no soy culpable!

—Perdón, señora? y de qué? no es ésta la primera vez que nos vemos?

—No, no, Luis! Perdón para mi último hijo, que tampoco es responsable de las faltas de su padre.... yo lo he comprendido todo.

—Ah! lo comprendéis todo.... y sin saber de mí, sin tener noticias mías os casasteis con mi enemigo.

—Cruel.... cruel.... yo te esperé años, yo tuve que creer mi desgracia en aquellas circunstancias, y estaba sin amparo.

—Hoy teneis dos maridos, y supongo que sabéis que las leyes castigan cruelmente al bigamo.

—Oh! calla.... calla.... ten piedad de mí.... ten piedad de mi hijo!

—Y bien, señora: yo os dejaré vuestro hijo; pero habeis de prestaros á lo que os voy á exigir.

—Todo por la vida de mi hijo; manda, ¿qué quieres tú, sólo tú tienes derecho sobre mí!

—Y bien! yo sé que guardareis silencio, porque tengo en mi poder nuestra partida de matrimonio.... no lo olvidéis!

—Dios mío!.... ¿y qué es lo que quieres?

—Quiero que hagáis que el Barón Monet me llame para hacerle su busto. Ya sabéis que no hay hoy quien no anhele tener un busto cincelado por mí.

—No, un crimen, y yo cómplice de un crimen.... nó.... nó.

—¿Por ventura, señora, no es un crimen la bigamia?

—Oh! me insultas.... murmuró la pobre mujer, retorciéndose los brazos; yo no merezco que me trates así!

—¿Y vos no me suponeis capaz de un crimen?

—Y qué quieres, pues?

—Quiero humillarlo, y quiero tener su busto para maldecirlo hasta mi última hora!

